

La Guerra de Castas en Yucatán

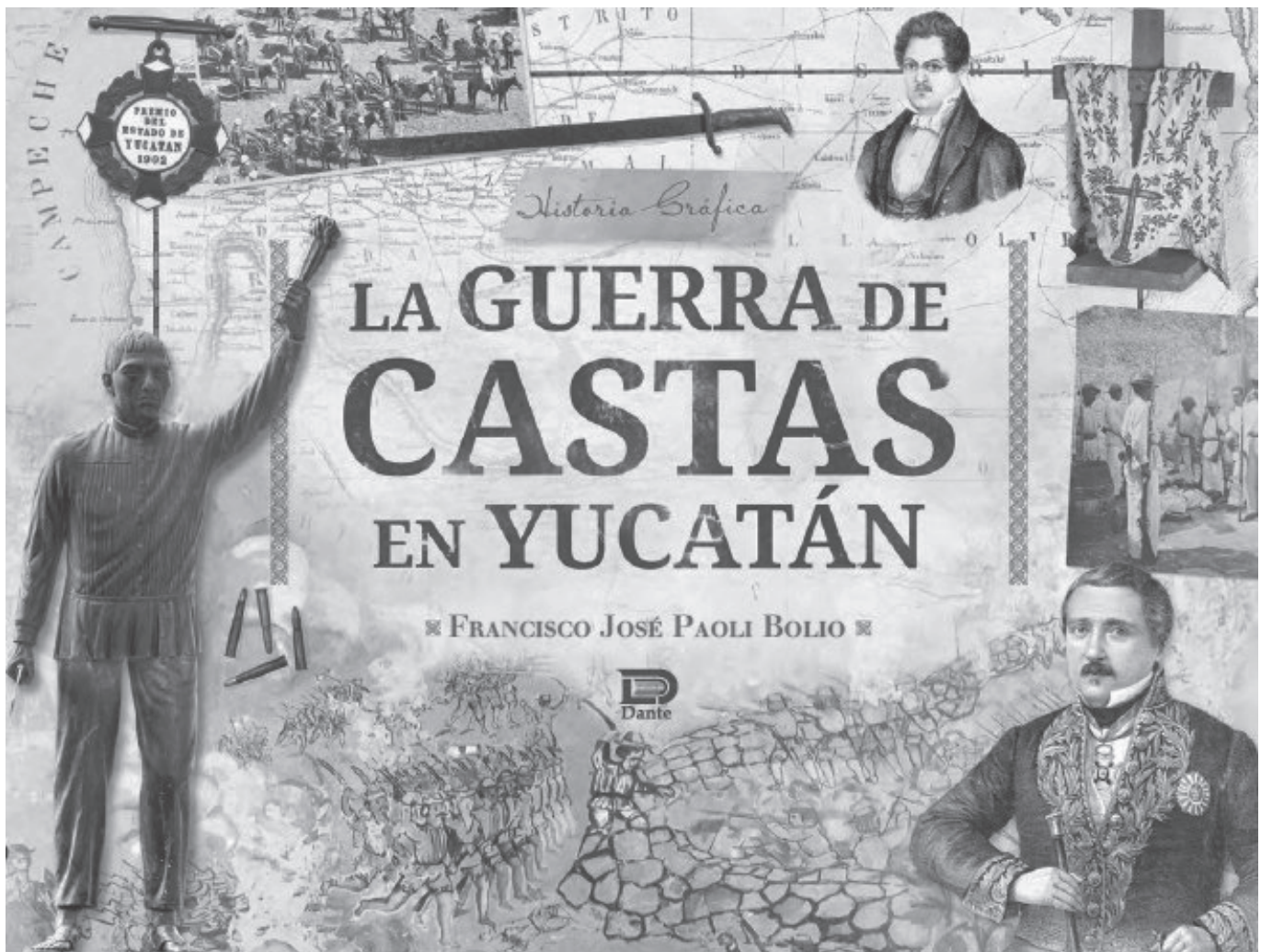
Francisco José Paóli Bolio
China, Editorial Dante, 2015.

Reseña de Luis Alfonso Ramírez Carrillo

La larga serie de luchas y transformaciones sociales que experimentó México entre 1810 y 1821, que llevaron a la independencia de nuestro país, se vivieron y expresaron de manera muy diferente en las distintas regiones de México. En Yucatán la Guerra de Independencia produjo cambios en las instituciones y en los pactos sociales establecidos, por supuesto. Sin embargo estos fueron paulatinos y no fueron en lo absoluto resultado de la guerra y la violencia con que la independencia de México finalmente se logró. Esto significó que las instituciones, la legislación y las prácticas culturales de la sociedad colonial y del antiguo régimen sufrieron modificaciones lentas y más de forma que de fondo.

Se modificó poco la manera de obligar o solicitar los servicios personales, los tributos y prestaciones obligatorias de las comunidades indígenas y de la población. Se mantuvieron muchas de las maneras de organizar la producción y de subordinar políticamente a la población maya. Los mayas peninsulares, unidos por una misma identidad étnica y una sola lengua, eran más del 80 por ciento de la población durante el siglo XIX, y su trabajo directo o los productos que él se derivaban, seguían siendo la principal fuente de riqueza en una tierra donde no existían minas, ríos, ni lagos. Una agricultura sin arados y sin riego. Una loza calcárea incapaz de ser penetrada más que con el bastón plantador, donde la agricultura dependía de los brazos de los mayas.

Las modificaciones que podemos observar en el cuarto de siglo que medió entre la declaración formal de independencia y anexión a México, y el inicio de la guerra de castas en 1847, fueron por lo general, adversas a las comunidades indígenas. En Yucatán muchos de los rasgos económicos y culturales imperantes durante el siglo XVIII se mantuvieron hasta la mitad del siglo XIX, aunque sobre el papel y las leyes las cosas parecieran ir cambiando. Poco se modificaron las encubiertas formas de trabajo gratuito obligatorio. El pago, cuando existía, siempre fue exiguo. Pero los impuestos aumentaron y además se hicieron individuales, como lo hizo también el pago de obvenciones y de servicios parroquiales y eclesiásticos. Lo peor fueron las distintas formas de avance legal que empezó a adquirir la propiedad privada sobre las tierras de las comunidades.



En la práctica y por distintas vías legales o ilegales, las tierras, pero sobre todo los montes de los mayas, empezaron a quedar en manos de propietarios privados. La mayoría de ellos ladinos, criollos, blancos o "dzules". Pero también estaban en las manos de los propios caciques y "batabes" de cada comunidad. No olvidemos que la lógica de la agricultura milpera y de la explotación agrícola de la comunidad maya se construía —y se construye— con el monte, considerado como una única unidad ecológica, y no con un pedazo de tierra específico y finito. La milpa es móvil, es multidimensional y requiere de un amplio espacio, dúctil y plástico, que sea además accesible a muchas familias y no a una sola persona. Todo lo contrario a los procesos de expansión de la producción cañera, de la ganadería extensiva y del imperio constante de la propiedad privada que se pueden observar en la península de Yucatán entre 1820 y 1847 que dio origen a la multiplicación de ranchos e ingenios.

Pero si la pobreza, la explotación excesiva, la subordinación cultural y la discriminación étnica de los mayas son razones necesarias que ayudan a explicar una revolución, una guerra de castas o un estallido de independencia, no han sido nunca razón suficiente para que estas se produzcan. La injusticia excesiva puede incluso generar una subordinación muy prolongada. Y suele hacerlo. Pero en ese cuarto de siglo encontramos razones suficientes que nos ayudan a explicar el estallido social de Yucatán al que desde entonces se le llamó guerra de castas. Y estas se encuentran en el orden político y el militar.

En el orden político las razones que dieron origen a la guerra de castas nos muestran un cuarto de siglo dedicado a las guerras intestinas y las luchas por el poder entre los distintos grupos políticos ubicados en Mérida y Campeche, y a los enfrentamientos entre intereses económicos y proyectos ideológicos variados. Una élite relativamente hegemónica e integrada, con sus rituales políticos bien definidos, controlaba el poder y parte de los recursos económicos en el Yucatán colonial de las últimas dos décadas del siglo XVIII y la primeras dos del siglo XIX. Las siguientes décadas esta élite se descompuso y dio paso a un enfrentamiento



por el poder, por los puestos de gobierno, y a proyectos de región e incluso de nación muy diferentes.

El poder se volvió multipolar y las subregiones dentro de la extensa península luchaban por la hegemonía, por medios pacíficos unas veces, por medios violentos otras. No se trataba sólo de una división de poder entre Mérida, Campeche y Valladolid. Dentro de cada una de estas cabeceras regionales surgieron también luchas entre facciones, unas veces por intereses económicos, otras por los puestos de poder y otras más por concepciones y principios políticos divergentes. El centralismo y el federalismo, un incipiente pensamiento liberal y las distintas corrientes que abogaban por una separación o una integración a la nación mexicana, dividieron y subdividieron a la élite regional, volviéndola numerosas élites locales sin hegemonía ni integración.

Esto provocó que se abriera paso la segunda razón que propició la guerra. Fueron precisamente las batallas locales que armaron y entrenaron militarmente a la población maya, bajo la forma de pequeños ejércitos que luchando entre sí se entrenaron en el manejo de las armas y en la estrategia militar. Más aún, se empoderaron, obtuvieron triunfos y aprendieron también a romper sus fronteras locales y comunicarse entre sí. Aprendieron que a través de la frontera con Belice el abastecimiento de armas y municiones podía ser una corriente incesante. Pero por sobre todo esto la guerra hizo surgir líderes y oficiales con experiencia militar y reforzó el respeto a los caciques locales.

La tercera razón la dio el conflicto sincopado que durante esos años tuvo Yucatán con México, provocado por el ir y venir del país entre el centralismo y el federalismo, en especial durante los gobiernos de Santa Ana. El coqueteo con la independencia yucateca y el desconocimiento a los gobiernos de Santa Ana, fortalecido por la derrota de su invasión a Yucatán, llevó a usar como moneda política el separatismo y mostró también la debilidad de las élites locales ante la población maya. Una cosa era luchar contra la Nación. Otra contra la Región.

Esta suma de condiciones y razones estableció un campo social y político ideal para una insurrección armada, que se dio y que adquirió tremendas proporciones, hasta llegar a ser uno de los levantamientos indígenas más grandes y sangrientos del siglo XIX en América Latina. Desde las primeras cartas que revelan un complot fallido y que llevaron a una insurrección armada adelantada a los líderes mayas que la venían preparando en 1847, hasta un primer apaciguamiento y una paz no escrita que se volvió un estado de guerra latente a partir de 1860, la península se vio arrasada por matanzas y emboscadas, pueblos enteros fueron quemados, e incluso se dieron algunas grandes batallas en medios urbanos con miles de muertos como en Valladolid. Se vivió una diaria guerra de guerrillas con un resultado final que dejó a los mayas dueños del territorio durante cinco años, con excepción de algunos de los pueblos principales y del corredor de Mérida a Campeche.

La matazón fue tan grande que si en un censo de 1843 Yucatán registraba medio millón de habitantes, diez años después eran poco más de 300,000. Por muerte, enfermedades o migraciones, el territorio completo se vio trastornado y nunca volvió a ser el mismo. El pacto social también cambió. La Guerra de Castas provocó en Yucatán los que las guerras de Independencia hicieron en otras partes de México, destruir, no siempre para bien, el antiguo régimen y dar paso a una transformación de las relaciones sociales, no sólo las de producción, sino de todas las demás, en especial las culturales.

La mayor parte de la población maya permaneció en sus pueblos conviviendo y empezando a construir una sociedad mestiza. La discriminación y la explotación no desaparecieron, por supuesto, sólo se desplazaron hacia áreas de la cultura y de las instituciones sociales y económicas menos conflictivas. Una categoría social entera desapareció del lenguaje común de los yucatecos, la de "indios" que fue suplida ahora por la de "mestizos". Otras nuevas formas de violencia contra la población maya —simbólica y no tan simbólica—, algunas de ellas



muy violentas, también aparecieron conforme las plantaciones de henequén fueron poblando el paisaje yucateco.

La guerra después se retrajo y un grupo importante de mayas rebeldes se retiraron al territorio de Quintana Roo, donde fundaron una sociedad que en muchos aspectos resulta fantástica y casi mítica. Una sociedad que reproduciendo las clases sociales, las jerarquías y la desigualdad de los blancos, no deja de parecer como uno de los grandes proyectos de utopía indígena del siglo XIX. En Chan Santa Cruz, nombre mucho mejor que el que hoy tiene de Felipe Carrillo Puerto, en el corazón de la selva de Quintana Roo, crearon una nación maya con un liderazgo militar de generales, capitanes y sargentos, con su ejército, su policía, su monopolio exclusivo de la violencia y sus guardias. Crearon una iglesia nativa sincrética, ordenaron a sus propios sacerdotes, inventaron su propio culto, organizaron la explotación de los montes, los repartieron y se mantuvieron rebeldes e independientes de los blancos y de los "dzules. La toma en 1902 de su capital por el ejército federal a manos del General Bravo, no terminó con esta sociedad. En la profundidad de los montes de Quintana Roo sobrevivieron hasta que la modernidad y la globalización empezó a desintegrarlos a partir de 1970.

Este libro se ocupa de una manera sintética, clara y magistral —en el sentido de magisterio— de todo este proceso, de esta larga historia y nos ofrece también sus propias interpretaciones de la guerra y a la guerra como fenómeno. Paoli sentía que algo hacía falta en la bibliografía académica con la que contamos hoy sobre la Guerra de Castas, cada vez más especializada. Y es una visión de conjunto, rápida, clara y accesible. Este libro tiene todos estos atributos y nos permite sumergirnos en la Guerra desde sus primeras páginas. El diálogo entre las imágenes y el texto está tan bien armado, que uno accede a la información visual y textual de manera simultánea.

El texto se divide en 7 capítulos, un apéndice y una cronología. El capítulo I se dedica a la revisión de los antecedentes de la guerra

de castas y pone especial énfasis en la rebelión de Jacinto Canek en 1761 en el poblado de Cisteil y también en las posteriores causas políticas que sentaron las bases para la declaración de la guerra. El capítulo II se ocupa de la primera parte; la más intensa, violenta e interesante de la rebelión indígena y se detiene en especial en los años de 1847 a 1849. Es también el más extenso y presenta con mucha claridad el avance y los triunfos de la insurrección que los mayas obtuvieron en especial durante esos años. Nos muestra los mapas con el avance de la rebelión, las cartas con las que los líderes mayas se comunicaban entre sí, la carta entre Cecilio Chí y Manuel Antonio Ay, la correspondencia del ilustrado líder maya Jacinto Pat, el fracaso de los tratados de Tzucacab, los testimonios de la toma de Bacalar y las versiones nativas de cómo la necesidad de hacer milpas impidió la toma de Mérida. En particular interesante es en este capítulo la revisión que hace Paoli de los infructuosos intentos de Justo Sierra O'Reilly de lograr que Estados Unidos entrara a la defensa de Yucatán y enviara tropas a su territorio.

En el capítulo III el autor nos ofrece una biografía de tres importantes líderes indígenas, Manuel Antonio Ay, cacique de Chichimilá asesinado en 1847, de Cecilio Chí, Batab de Tepich, asesinado en 1848, y de Jacinto Pat, Tatich de Tihosuco muerto en 1849. En el capítulo IV el autor se ocupa de la interesante década que transcurre entre 1850 y 1860, con hechos a los que denomina "La paz que no llega". Durante esa década, y contando finalmente con algo de ayuda del ejército mexicano —lo que marcó el retorno de Yucatán al seno de la nación—, el ejército yucateco comenzó el proceso de recuperación de varias poblaciones de la península. Y las tropas mayas fueron poco a poco constriñéndose hacia el oriente, donde su nuevo líder, José María Barrera decide la fundación de Chan Santa Cruz, entrando a un nuevo período, más bien defensivo, de guerra de guerrillas. En un proceso de mistificación la guerra de los mayas se vuelve santa, una verdadera cruzada de los "Cruzóob", los guerreros de la Santa Cruz, contra los invasores de sus tierras.

En el capítulo V analiza la tercera etapa, la más larga de la guerra, que va de 1861 hasta 1901. En muchos sentidos este período es el más difícil de analizar en la bibliografía existente. Las transformaciones



de la sociedad peninsular fueron muy numerosas, por no llamarlas espectaculares, ante el auge de las plantaciones y exportaciones henequeneras, por la modernidad porfiriana y por el mantenimiento de una sociedad maya autónoma en las selvas de Quintana Roo. Muchas cosas sucedieron en Yucatán y no todas bien conectadas entre sí. Paoli habla del cautiverio de los prisioneros de los mayas en Chan Santa Cruz y de la aparición de una nueva generación de soldados mayas servidores de la cruz. Nos reseña también las distintas incursiones por mantenerlos en sus territorios y, de manera muy especial, analiza el recambio del liderazgo maya y como, poco a poco, se fue minando la legitimidad política de los caciques, propiciando la búsqueda de una sociedad campesina autárquica e independiente entre los pueblos que moraban en las partes más profundas de los montes.

El capítulo sexto está dedicado a una revisión de los principales historiadores que dedicaron muchas páginas al análisis y la historiografía del conflicto. Revisa la obra de 7 autores. La del primero que se ocupó de él desde las páginas de su periódico campechano *El Fénix*. En efecto Justo Sierra O'Reilly escribía sobre el conflicto conforme este se iba dando, era testigo, actor y analista de la guerra al mismo tiempo. Su primer artículo aparece en las páginas de *El Fénix* el primero de noviembre de 1848. Continuó escribiendo hasta que la parte más álgida de la guerra pasó. Años después reunió sus artículos en los dos tomos de su extensa obra *Los indios de Yucatán*. En los años setentas del siglo XIX Eligio Ancona dedicó muchas páginas de su *Historia de Yucatán* en cinco tomos al conflicto. Desde su óptica liberal, encuentra muchas de sus causas en la opresión social y de las instituciones yucatecas sobre la población maya. Cerrando el siglo XIX Serapio Baqueiro Preve escribió, ya con una mayor objetividad producto del paso del tiempo, su *Ensayo histórico sobre las revoluciones de Yucatán, de 1840 hasta 1864*. Esta obra que no es suficientemente apreciada, tiene muchos méritos: presta mucha atención a los datos del día a día de la batalla y es el primero en considerarla como una revolución y una guerra social.

El autor revisa después la obra del periodista y dramaturgo yucateco Leopoldo Peniche Vallado, que a más de un siglo de distancia del

inicio de la rebelión, y con una perspectiva de teoría política más contemporánea, la considera no una guerra de *castas*, sino una rebelión dentro de un proceso revolucionario. Pasa lista también al interesante y ya clásico libro de Antonio Villa Rojas que, desde la perspectiva de la Antropología Social, realizó una extensa etnografía entre los descendientes de la guerra de castas en la tercera década del siglo XX; y la concluye con la lectura del también ya clásico libro de Nelson Reed, *La guerra de castas en Yucatán*. El éxito de este libro es un fenómeno curioso. Reed era más un viajero, turista e historiador aficionado. Su libro, de hecho, no aporta información nueva que los especialistas no supieran. Y él mismo se apresuró a decírmelo en una charla personal. Sin embargo por su prosa ágil, su capacidad de poner juntos todos los datos de esa historia y el poder de difusión de las editoriales en que publicó tanto en Estados Unidos como en México en su edición en español, es hasta ahora el más popular. Es el libro más difundido y exitoso sobre el tema —esperemos que este también lo sea—.

Este libro concluye con un corolario sobre la guerra y un epílogo de los saldos que la guerra de castas fue dejando a lo largo del siglo XX y que se reflejan en muchas de las características actuales y de los problemas sociales que enfrenta la población maya, y también en las condiciones para el desarrollo de la península de Yucatán en el siglo XXI. Por último tenemos una cronología y una bibliografía especializada. Pero no hemos hablado aún del otro mérito fundamental y básico, que hace a este libro único entre las obras disponibles dedicadas al conflicto. Se trata de su aportación gráfica. Ningún otro libro publicado hasta ahora sobre la guerra de castas nos ofrecía una disponibilidad de imágenes, grabados, fotos, cuadros, y mapas, enmarcados en un espléndido y cuidadoso trabajo de diseño editorial. El valor de todo este "imagerio" es imponderable, pues se trata de cientos de imágenes cuidadosamente identificadas por el autor, lo que por sí mismo le añade un valor formidable al libro, y nos permite decir de él que será una importante obra de referencia. 